

LA GUERRA CARLISTA

la mano derecha, y se fué dejándola caer de palma y con estruendo sobre el anca del caballo que herraban. Jorge le gritó:

—¡No seas bárbaro!

Y ayudó á contener el caballo, que se alzaba. Comentó el posadero santiguándose, metiéndose los dedos en la faja:

—¡Vaya un mozo!

En la plaza se oía el rasgueo de las guitarras, los soldados encendían fogatas, y en grupos, cogidos de las manos, se acercaban á las mozas que estaban en las puertas, y les proponían armar un baile. Pero las mozas, casi sin oírlos, se entraban esquivas en los zaguanes.



XII

El Duque de Ordax cambió de uniforme en la posada, y después de rizarse los mostachos ante un espejo roto que le presentó su asistente, se dirigió al palacio de Redin. En la antesala halló á un viejo vestido de negro, con la levita salpicada de rapé. Era el mayordomo tan arrugado y consumido, que parecía una momia descubierta en el fondo de alguna alacena polvorienta. Tenía el rosario entre las manos, y rezaba sepultado en un sillón de cuero, frente á

LA GUERRA CARLISTA

una litografía de Napoleón en Santa Elena. Se levantó consternado:

—¡Señor Duque, qué afrenta para una familia de tanta alcurnia, y para toda la nobleza, y aun para los que servimos en estas casas conociendo lo que representan y lo que fueron en la Historia!

Moviendo el cráneo pelado y amarillo, donde se dibujaban las suturas de los huesos, levantó el tapiz de una puerta para ofrecer paso al Duque. Entraron los dos al salón, colgado de damasco carmesí como una sala capitular, frío y sin alfombra, luciendo dos grandes braseros apagados, uno á cada testero. Y cerca de un balcón muy chato, con cortinas de muselina en los cristales, están como una tradición familiar, la butaca y el velador donde jugaba á las damas la Marquesa. El Duque se detuvo

GERIFALTES DE ANTAÑO

en medio del salón, mirándose en los espejos de las consolas, también velados por muselinas. Se oyó el roce de una puerta y entró Eulalia. Tenía los ojos llorosos, estaba un poco pálida y sonreía:

—¿Lo sabes todo?

—Sí.

—¿Qué te parece?

—Una barbaridad.

—La abuela no ha dejado de delirar. Fué una cosa horrible las burlas del populacho. Iban detrás tirándole lodo. Me la entregaron medio muerta. ¡No, no es posible que pueda resistirlo!

Se cubrió los ojos sollozando. Jorge le tomó una mano, y la retuvo entre las suyas:

—No llores, que te pones más guapa, y eso es terrible para mí

Eulalia le miró risueña y sofocada:

LA GUERRA CARLISTA

—Deja ahora esas tonterías, Jorge.

Se levantó del sofá donde estaban juntos, y fué á sentarse algo más lejos, en un sillón, sin mirar al Duque. Al cabo de un instante, preguntó con aturdimiento, y como si quisiera recordar que los separaba un abismo:

—¿Qué es de tu mujer? ¿No habéis hecho las paces?

Se nubló de pronto el rostro del arrogante capitán:

—Ni aun sé por dónde anda.

Dejó caer las palabras lentamente, y sostuvo con afectación en los labios una sonrisa tirante. Eulalia, inquietada por otro pensamiento, murmuró sin advertirlo:

—¡Pobre mujer!... ¡Cómo has labrado su desgracia!

Jorge echó hacia tras la cabeza, mortificado

GERIFALTES DE ANTAÑO

y violento, mientras la muchacha sonreía mirándole de pronto franca y fraternal:

—¿Pero tú conoces á mi mujer?

Y el duque de Ordax, con una expresión extraña, que cambió de ser dolorosa hasta ser cínica, se corrió un poco en el sofá para acercarse á Eulalia. La muchacha recogió el ruedo de su falda y escondió los pies enderezándose en el sillón. Sentía una gran alarma interior, y que le recorría los nervios la memoria sensitiva y oscura de un sueño, el sueño de aquella noche, en que ella iba por un camino desconocido, á la caída de la tarde. Jorge, que estaba un poco pálido, entreabría los labios pasando los dedos por su barba de oro. De pronto, acentuando la sonrisa, exclamó:

—No sé nada de mi mujer... Ni siquiera quién es ahora su querido.

LA GUERRA CARLISTA

Eulalia se puso roja, con tal llamarada de sangre, que hasta los ojos le encendía. Respiraba con angustia:

—Perdóname, Jorge... ¡Y no me digas á mi esas cosas!

Jorge le tomó la mano:

—¡Perdóname tú?

Quedaron los dos silenciosos y conmovidos. En aquel gran salón de la abuela evocaban el aspecto amoroso y romántico de los héroes novelescos que en las litografías del año treinta se dicen sus ansias bajo una cornucopia, enlazados por las manos en el regazo del sofá, que tiene caído al pie un ramo de flores. Jorge se alejó lentamente, y estuvo algún tiempo en el balcón de la abuela. Su figura desaparecía entre los cortinajes de damasco carmesí. Experimentaba una emoción dulce y familiar en aquella

GERIFALTES DE ANTAÑO

sala, tan distinta de los alojamientos que le solía deparar la vida de campaña. Era el renacer de un amor juvenil y lejano bajo el perfume de las rosas, marchitas en los grandes floreros de las consolas. Del cardo seco que era su alma, volaba una mariposa. Y aquella vida, triste en medio del ruido de una baja locura, abrasada por el aguardiente de todas las cantinas, llena de todas las músicas plebeyas de los cuerpos de guardia, ahora sentía, como en un tiempo lejano, llegar el amor con la melancolía. Una divina emoción de adolescente, anhelo y recuerdo, era la gracia lustral que le purificaba. Respiró con delicia, cerrando los ojos:

—¡Qué feliz soy!

Sintió abrirse una puerta allá en el fondo, y pensó que salía Eulalia. Pero en el mismo momento oyó la voz melosa de Agila:

LA GUERRA CARLISTA

—¡Hermana! ¡Hermanita del alma!

Y volvió la cabeza, y en el umbral descubrió abrazados á los dos hermanos.



XIII

Eulalia se conmovió un poco ante su hermano vestido de soldado y oliendo á cuadra:

—¡Pero, Agila, qué has hecho!

El muchacho repuso con una sonrisa infantil, que reclama indulgencia:

—Estoy arrepentido, hermanita.

—¿Y cómo te acostumbras á esta vida?

—No me acostumbro... Me han cogido como á un criminal y me llevaron al cuartel. ¡No me acostumbro, pero me resigno!

Eulalia le miraba muy grave:

—¿Por qué has dado motivo con tus locuras á ese castigo?

Agila levantó la mano con aire desdeñoso y un poco fanfarrón:

—¿Quién no hace locuras en la vida, hermanita?... Nadie intercedió por el pobre Agila. ¡Ay, si hubieras estado tú en Madrid!

Eulalia seguía mirándole, con una llamarada en las mejillas:

—¿Y no te avergüenzas de verte así?...

—¿Con uniforme de soldado? No, no me avergüenzo. Me avergüenzo de que mi padre me lo haya impuesto como un castigo por mis locuras, por mis vicios.

—¿Por qué no le escribes pidiéndole perdón?

—Aún no es tiempo... Cuando haga una he-

roicidad... Si tengo la suerte de que me hieran, le escribiré desde el hospital... A la abuela es á quien deseo pedirle perdón. ¿Está muy enojada conmigo?

Una sonrisa serena y buena iluminó la boca de la hermana:

—Está enojada, como lo estamos todos.

Agila inclinó la cabeza sobre el pecho, con una mirada mortecina:

—¿Qué enfermo me encuentro, Eulalia!

Y empezó á toser cavernosamente. Eulalia, con un poco de zozobra, le dijo risueña:

—Déjate de comedias, Agila.

El muchacho hizo un gesto de trágica conformidad con el destino, y se oprimió el pecho. Eulalia llamó á Jorge, que permanecía alejado en el fondo del balcón, y le recibió con una carcajada:

LA GUERRA CARLISTA

—¿Cómo tenéis á este chico en filas? ¡Se está muriendo!

Jorge, acariciándose la barba, se encaró con Agila:

—¿Ya estás en rol de Margarita Gantier?

El otro acogió tales palabras con una sonrisa suprema y generosa. Vago el gesto, y levantando un poco la cabeza, prestó atención á los clarines lejanos, que tocaban en el fuerte:

—¡Adiós, Eulalia!

—¿Te vas? ¡Espera, muchacho!

Agila respondió hueca la voz y dolorida, como un ermitaño que hablase desde su cueva:

—Es el toque de rancho, y no quiero quedarme sin comer.

Ya no pudo Eulalia reprimir las lágrimas, y con los ojos brillantes se volvió á Jorge:

—¿Es verdad?

GERIFALTES DE ANTAÑO

El Duque de Ordax humeó lentamente el cigarro:

—¡Ni media palabra, hija!

El muchacho se cuadró:

—Perdone vucencia, mi capitán.

Eulalia los miraba y sonreía un poco recelosa:

—¿Vucencia también? ¡Cuánto respeto!

Explicó apresurado Agila, humillando la cabeza:

—Por Grande de España, no por ser capitán.

Jorge dió algunos pasos, riendo con aquella risa insolente, un poco de gallo:

—¡Qué farsante eres, maldito!

Y como Agila permanecía cuadrado, mordiéndose un labio, Jorge vino y le cogió por los hombros:

LA GUERRA CARLISTA

—¡Vamos á ver!... ¿Cuándo has comido tú rancho?

El muchacho le sostuvo la mirada y respondió con la sequedad de un pistoletazo:

—¡Siempre!

El Duque le soltó asombrado, echándose atrás para mirarle á todo talante:

—¡Estás loco!

Agila repitió obstinado:

—¡Siempre, mi capitán!

Eulalia se cubría los ojos con el pañolito, muy agitado por un sollozo el pecho de suprema armonía. Jorge la mira y siente una ternura inefable, como si un rocío de lágrimas regase la rosa recién abierta en su alma:

—¡No llores, Eulalia!... Yo te doy mi palabra de honor... ¡Es mentira!

Olvidado de Agila, se acercaba, pero ella le

GERIFALTES DE ANTAÑO

detuvo con el gesto, al mismo tiempo que retrocedía. Y Jorge, entonces, se vuelve al muchacho, mirándole como á un sacrilego:

—No hagas llorar á tu hermana.

Agila, siempre cuadrado, parpadea muy de prisa:

—Con el permiso de vucencia, me retiro.

Dió media vuelta para salir, pero su hermana le agarró por un brazo:

—¡Si no creo una palabra! ¡Lloro porque soy una tonta! ¡Tú no tienes que comer rancho! ¡Eres un farsante!

Y abrazándole por el cuello, le besó en las mejillas, que tenían un reflejo impasible y burión. De pronto se apartó, mirándole dolorida y resentida:

—¡Tienes dentro del cuerpo el demonio manso!

LA GUERRA CARLISTA

Eran las mismas palabras, llenas de un perfume supersticioso é ingenuo, con que de niños expresaban los momentos malos de Agila, la terquedad p rfida, silenciosa, encalmada, que oponía ante los castigos y los halagos. Eulalia le miraba como entonces, y   su rostro parecia volver algo infantil. Jorge se emocionaba un poco:

— Eulalia, tú tienes fe en mi palabra!

—S , hombre, s ...  Dispongo de este reoluta?

Jorge se inclinó:

— Y del capitán y de todo el escuadrón!

—No quiero que me nombren patrona de la Caballería.

El Duque ri  largo y sonoro, volviéndose con las barbas de oro iluminadas, hacia el hermano, que permaneció cuadrado   impasible, con el

GERIFALTES DE ANTAÑO

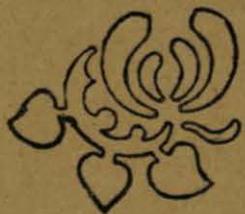
labio entre los dientes. Pensaba recriminarle, pero se olvid  oyendo la voz de Eulalia:

—El capitán y el recluta se quedan   cenar. Voy, que necesito preparar   la abuela.

Y salió ligera y muy feliz. Jorge, al verla desaparecer, clav  en Agila una mirada de desprecio, y se alejó sin hablarle.



UNIVERSIDAD DE
BIBLIOTECA
"ALFONSO 12.
Apo. 1886



XIV

Agila, muy despacio, llegó hasta la puerta, y pegando los hombros, se escurrió. Anduvo por los anchos y vacíos aposentos, misteriosos y olorosos como cajas de sándalo llenas de secretos. Perdido en ellos, sin oír voz ni rumor, le parecía que eran sus pasos grandes y resonantes. Al verle de lejos hacia su reverencia el mayordomo, que daba cuerda á un reloj. Agila pasa, y al desaparecer por otra puerta, siente en la espalda la sensación magnética de

LA GUERRA CARLISTA

unos ojos que miran fijos. Por un salón reflejado en el fondo de un espejo, viene una vieja muy encorvada. Agila sonríe pensando que aquella vieja tan menuda, presa en el cristal, quiere salir para bailar sobre la consola dorada, entre los daguerreotipos. Pero de pronto, la vieja huye del espejo y entra por una puerta. Anda menudamente, y sobre el alda negra, las manos son amarillas. Salen de unos puños muy apretados. En una mano trae el bolsón de la calceta, y en la otra una alcuza de aceite. La sombra de la vieja es muy grotesca en la pared, y la alcuza marca el garabato de una nariz bajo el borde pringado del manto. Agila se acuerda de la Rosalba... ¡Tía Rosalba, que vivía en un desván del palacio y salía siempre al trasluz! ¡Tía Rosalba, hermana de la abuela, hija de una criada y del bisabuelo! Después

GERIFALTES DE ANTAÑO

recordó de niño, cuando había tenido fiebres y aquella vieja menuda estaba á la cabecera de día y de noche. Y recordó la convalecencia á su lado en el desván, jugando con un yesquero de oro, que había pertenecido al bisabuelo:

—¡Eres tú, marquesito!

—¿Cómo va, tía Rosalba?

—¿Y cómo quieres que vaya? ¿Y cómo quieres que vaya?... Ya sé tus historias, y que has salido un perdido. ¿A quién te pareces, hijo? ¿Aún no has visto á mi hermana Paquita?

—No, señora.

—Pues eso no está bien.

Agila mostró una gran humildad:

—Tengo miedo, tía Rosalba.

—¡Miedo! En los años que cuento, poco oí decir de cobardes, marquesito.

—Soy muy culpable con toda la familia, tía.

LA GUERRA CARLISTA

Agila se pasaba la mano por la frente de terso marfil, donde las cejas parecían dos arcos de oro. La vieja tosió levemente:

—Tía Rosalba es un parche mal pegado en la familia, y nadie la oye. Pero desde que contaron aquí tus historias, tuviste mi absolución, y dije que la culpa era toda de tu padre.

Suspiró Agila:

—¡Es usted muy buena, tía Rosalba!

—No, hijo, no. Soy muy vieja, y las viejas tenemos que ser alcahuetas de los jóvenes. Cuéntame qué has hecho para merecer tanto rigor, criatura. ¿Saltar por la ventana é irte de mozas? ¡Vaya un pecado grandel... ¡Mira qué cosa, nunca pude soportar á tu padre! Reconozco que es un gran señor, pero tiene por alma un fierro de estoque... Es una prevención de toda la vida. Ahora tu padre dice que soy

GERIFALTES DE ANTAÑO

una bruja. Antes, cuando era pretendiente de tu madre, no decía eso, y me hacía sus regalitos, y me llamaba tía Rosalba!... ¡Pues hijo, á mí siempre me pareció lo mismo!... Vaya, ven conmigo y le pedirás perdón á mi hermana Paquita.

A todo esto, la vieja le ofrecía el bolsón de su calceta para que se lo llevase, como cuando era niño. Agila se puso á su lado, con una risa de burla en los ojos verdes é infantiles. Salieron á la antesala, y dijo la tía tocando el brazo del muchacho, al mismo tiempo que sacaba la alcuza bajo el borde pringado de la mantilla:

—Antes nos llegaremos al Cristo del Gran Poder. Tengo que alumbrarle.

El Cristo del Gran Poder era una imagen antigua que había en una calle estrecha, cerca del palacio. La devoción de la vieja movió en el

LA GUERRA CARLISTA

alma de Agila un despecho egoísta y frío. Hubiera querido que le llevase derechamente al lado de la abuela. Comenzaron á bajar la escalera en silencio. Agila miraba á la vieja y sentía la tentación de empujarla para que rodase. Era un pensamiento que le salía á los ojos, un deseo pueril y bárbaro de niño cruel. Le atraía la escalera larga, toda de piedra, un poco oscura, con el claro de la puerta abierto sobre el vasto zaguán, allá en lo hondo. Se quedó un poco atrás y empujó á la tía Rosalba. Al mismo tiempo sentía un gran frío en las mejillas y oprimido el corazón. Rodó la vieja con ruido mortecino, y á su lado la alcuza iba saltando hueca, metálica y clueca.



XV

Eulalia estaba en la saleta arrodillada á los pies de su abuela, oidora en silencio, la cabeza con tembleque y un poco torpe la atención. La nieta le lava las manos en una salvilla de cristal que adornan filetes de oro. Después le recoge y prende la toca de encaje, caída sobre un hombro todo á lo largo de la espalda. La Marquesa mira tan obstinadamente, que da miedo. Había sido trasquilada con grandes escaleras, por quitarle la miel, que ya de otro modo no se soltaba

LA GUERRA CARLISTA

del cabello, y tenía el aire de una mendiga vieja y loca. No cesa un momento el temblor de aquella cabeza cenicienta y salpicada de roeles blancos, con las orejas despegadas, casi tocando los hombros, que se hispan como dos alones sin plumas. Eulalia intercede por su hermano, pero la vieja señora, con los ojos parados, divaga y se distrae. De pronto, la nieta se levanta y mira en redor suyo, hacia las puertas. En otra sala resuenan voces de susto. Una doncella asoma pálida y apresurada. Eulalia se vuelve, hurtando con el cuerpo la vista á su abuela, y se lleva un dedo á los labios. La doncella queda incierta un momento y luego se va. Ante los ojos de Eulalia flota un lazo blanco del delantal. La Marquesa interroga torpemente:

—¿Qué sucede, hija?

—Nada, abuela.

GERIFALTES DE ANTAÑO

La vieja escucha mientras su nieta le pone los mitones de seda:

—Sí... Algo sucede. ¿Por qué dices que nada?

Eulalia intenta sonreír:

—Nada, abuela.

La abuela acrecienta el temblor de su cabeza:

—No seas embustera, niña. Ve á enterarte.

Eulalia sale. Va corriendo. Tras ella las puertas quedan abiertas. Por el fondo de una sala llevan en brazos á la tía Rosalba. Agila ayuda á llevarla. Eulalia, cuando llega, interroga en voz baja:

—¿Qué fué, tía Rosalba?

Agila tiene un momento de ansiedad, y siente que los labios se le hielan. Pero la tía se remueve suspirando:

—¡Los años, hijita, los años!

LA GUERRA CARLISTA

Entonces el mayordomo explica arqueando mucho las cejas:

—Algún soponcio, señorita. Ha rodado toda la escalera.

Tía Rosalba, con un hilo de voz, ruega porque la dejen sobre el canapé. ¡Que no se fatiguen! ¡Que no se cansen! Y los criados, con ese aire de los cofrades que llevan las andas en la procesión, la posan y esperan á su lado. Tía Rosalba sonríe y se mete una mano por el justillo para palparse. Desde la frente, un hilo de sangre le corre hasta la mejilla. Eulalia se entera por palabras sueltas que tienen un rumor de vuelo, y se acerca á la tía para que beba un sorbo de agua con vinagre:

—Se le irá el susto, tía Rosalba.

La tía aparta á todos con una mano:

—Dejadme, dejadme. ¡Que no se enteremi her-

GERIFALTES DE ANTAÑO

mana Paquita! ¡Tendría un disgusto muy disforme!

Da un gran suspiro, y cierra los ojos palpándose un hombro. Todos guardan silencio y esperan en redor. Eulalia, después de un momento, toca en el brazo á su hermano que se mira en un espejo, con el gesto fijo y obstinado de un magnetizador:

—No hagas eso, Agila.

Agila parece salir de un sueño:

—¿Qué hago?

—Eso... Mirarte así... Oye, intercedí con la abuela.

—¿Qué dice?

—Ten paciencia.

Agila responde alzando los hombros:

—¡Todo me es igual!

Sus palabras tienen un dejo de fría vaguedad,

LA GUERRA CARLISTA

que tanto les da un aire pueril como desesperado. Eulalia hace un gesto incrédulo y gracioso:

—¡A tus años debes aborrecer la vida!

Y vuelve á fijarse en la tía Rosalba. La vieja sigue suplicando que la dejen reponerse sin moverla del canapé. Eulalia, viéndola ya serena y con la frente vendada, sale muy veloz, para que la abuela no esté en alarma. Jorge, asomado á una puerta sobre fondo de antigua tapicería, le sonríe. Eulalia se pone encendida:

—¡La Rosalba, chico! ¿Te acuerdas de la Rosalba?

Y pasa sin otra explicación. Pero á corta distancia, se detiene viendo á un soldado de caballería, que con el sable recogido, adelanta pisando lleno de respeto la tarima encerada. El soldado se cuadra ante su capitán:

—Orden de coronela para que inmediata-

GERÍFALTES DE ANTAÑO

mente se presente vucencia, mi capitán.

—¿Qué ocurre?

—Yo recibí esa orden del cabo Turégano.

—Ya lo supongo que recibirías la orden, idiota. ¿Pero has visto si hay alguna novedad en la fuerza? ¿Si ha llegado algún confidente?

—Trajeron el cuerpo de un centinela que apareció muerto cerca del río. Debieron matarlo los carlistas tirando de la otra vera.

Jorge se acercó á Eulalia:

—Si puedo volver, aquí estoy.

Ella preguntó un poco emocionada:

—¿No sabes lo que sea?

—No sé... Tal vez quieran destacar patrullas de caballería.

—¿Tú tendrías que salir?

—Según... Hasta luego ó hasta siempre, divina Eulalia.

LA GUERRA CARLISTA

Tenían enlazadas las manos, y se miraron en el fondo de los ojos, los dos muy fijos, hasta que bajó los suyos Eulalia.



XVI

Veintitrés voluntarios se desertaron en las angosturas del monte, cuando corrió por las filas aquel rumor medroso y cauteloso que anunciaba la desaparición de Egoscué. Fué el primero en volverse desandando camino, el pastor que una noche había sacrificado sus siete cabras para ofrecerlas en un banquete con cantos de versolaris, como en un pasaje antiguo, á los soldados del amo Miquelo. Descarriado de la partida, Ciro Cernín, trepaba á los riscos más altos, negro

LA GUERRA CARLISTA

y quimérico bajo la luna. Erguido sobre ellos llamaba, dando á la voz un ronco y prolongado són de bocina:

—¡Amo Miquelo!... ¡Amo Miquelo!...

Y la voz, llenándose de sombras, rodaba por el nebuloso cimear de los hayedos y pasaba por entre las foces resonantes:

—¡Amo Miquelo, corazón de león!

Iba corriendo anhelante, sin saber nada cierto, y seguro al mismo tiempo de la desgracia del amo Miquelo. Repetía en alta voz con el aliento entrecortado y una obstinación fiera:

—¡Fué traición del Cura! ¡Fué su traición!

Y otras veces gemía con un dolor cristiano, metiéndose en los jarales y andando por ellos de rodillas, desgarrándose la carne:

—¡Tú que lo ves, Rey de los Reyes!... ¡Tú que lo ves! ¡Tú que lo ves!

GERIFALTES DE ANTAÑO

Y se alzaba sollozando é iba así muy largo camino. De pronto se embravecía mirando los peñascales erguidos como ruinas de torreones, y trepaba de nuevo á lo más alto. Allí, la voz aún impregnada de lágrimas, volaba en grandes ondas de bocina:

—¡Amo Miquelo, mastin leal!

Seguía el sendero de las cabras por la cornisa de una foz, cuando sintió frío en las sienes y en los párpados. Se detuvo, presintiendo que el lobo andaba cerca, y requirió fuerte el palo, endurecido en la majada al fuego de las hogueras. En el mismo tiempo se encomendaba al angel San Miguel. Temblando, vió cómo el lobo estaba en un saliente de la peña. Destacaba por oscuro, á mitad del tajo en claro de luna. El pastor, con ánimo de espantarle, hizo rodar algunas piedras de la altura, pero estaba encarnizado devorando

LA GUERRA CARLISTA

una presa, y no se movió. Ciro Cernin catea entonces un guijarro recio, y lo pone en la honda. La piedra se disparó silbando, y el lobo apartó el hocico de la presa, rugiendo fiero y lastimero. El pastor, con lo ferrado del palo, luego se puso á socavar un peñasco, que al desarraigarse y rodar llevó un fragor de torrente por el hayedo bajo que llena la hondura de la foz. El lobo dió un salto y desapareció. Ciro Cernin, llevado de un impulso extraordinario, bajó á la piedra donde le habia visto estar devorando, negro en el claro de luna. A poco de meterse por la jara, le pareció que en una quiebra se levantaba y abatía el brazo de un hombre. Con un respeto sobrenatural, siguió bajando. Aquel brazo que se levanta y abate desigualmente, simula llamarle. Pero de pronto esta ilusión de sus ojos desaparece, y reconoce el poncho del amo Mi-

GERIFALTES DE ANTAÑO

uelo: Está prendido en los espinos y tremola un pico al paso del viento. Prorrumpe el pastor en voces que despiertan una gran onda en la bravía oquedad:

— ¡Capitán valeroso! ¿Qué enemigo te mató?
¿Qué bala traidora muerte te dió?

El cuerpo ensangrentado y roto del cabecilla está clavado en el ramaje de las hayas. La cabeza, negra de sangre, le cuelga hasta posar en tierra. Ciro Cernin se abrazó con aquel despojo y lo subió hasta el camino. Estaba enterrándole al pie de un gran roble que tenía la copa vieja y armoniosa, toda llena de paz, cuando el frío de los párpados le advirtió que tornaba el lobo. Se apercibió requiriendo el palo. Venían por entre los árboles unos ojos en lumbré: Se detuvieron mirándole muy fijos, y comenzaron á cerrar camino, más despacio. Se le vinieron de

LA GUERRA CARLISTA

pronto encima, con un gáñido fiero. Ciro Cernín pasó el palo zumbando, al vuelo de la tierra. Era el molinete que hacen los pastores para quebrarle las patas al lobo. Comenzó una lucha de astucia y de fiereza. Ciro Cernín se esquivaba rodeando el tronco del roble, y alguna vez subiéndose á las ramas. Al fin, el lobo quedó vencido: Se arrastraba sobre la yerba, todavía con los ojos en lumbre, pero aullando lastimero. Ciro Cernín le dió un gran golpe en la cabeza, enarbolado el palo á mandoble, y luego, desenvainó el cuchillo, clavádoselo por el ijar, para llegarle al corazón. Açabó de echar tierra sobre el cuerpo del capitán, y cargó con el lobo, como un trofeo. Iba repitiendo:

—¡Tú que lo ves, Rey de los Reyes! ¡Tú que lo ves! ¡Tú que lo ves! ¡Tú que lo ves!

Le sorprendió el rayar del día por una cima

GERIFALTES DE ANTAÑO

lejana, y se sentó á descansar. Entonces se durmió, y como un niño, tuvo un sueño, bajo el oro angélico de la aurora.

